

Capítulo XIV **Identidad y unidad Latinoamericana**

Los latinoamericanos experimentamos la sensación de pertenencia a una tradición histórica cultural común y de unidad, como no se da en otros continentes, fenómeno que plantea el problema de nuestra identidad.

El concepto de identidad es sumamente complejo, pues puede ser abordado desde el ángulo psicológico o histórico-cultural. Desde este último punto de vista identidad significa autoconciencia de pertenecer a una nación, a una clase, etnia o idiosincrasia cultural. Expresa por lo tanto la singularidad o diferencia con otros pueblos, la diversidad, como resultado del desarrollo desigual, articulado, combinado, específico-diferenciado y multilineal de la historia.

La conciencia colectiva de la identidad, siempre en desarrollo, se refleja en variadas formas de autoafirmación y ruptura. Embrionariamente, la identidad latinoamericana surgió como rechazo a la colonización española y portuguesa, y luego como respuesta a la dependencia estructural impuesta por las metrópolis imperialistas. Al decir de Franz Fanon, el colonialismo y las relaciones de dependencia aceleran contradictoriamente la conciencia social de identidad. La identidad latinoamericana no se desarrolló como mero mecanismo de defensa ante las formas de colonialismo, sino como autoafirmación destinada a generar proyectos de liberación y de sociedad alternativa.

Por eso, la identidad de nuestros pueblos es un proceso en desarrollo, que ha tratado de ser abortado, deformado y mediatizado por el colonialismo externo e interno, el neocolonialismo cultural y las diversas formas de aculturación. La identidad es lo que es y lo que se va construyendo; es un proceso permanente y contradictorio de cambio, de creación y recreación.

Hay unidad en la diversidad de cada país o región de América latina, porque conviven diferentes etnias, especialmente la indígena, que tienen a su vez su propia identidad. Existe, asimismo, una identidad de clase, que tampoco es contradictoria con la aspiración hacia la unidad e identidad latinoamericanas. Sentirse obrero ecuatoriano, boliviano, chileno o argentino es también sentirse explotado latinoamericano. Las identidades particulares de región y nación tampoco son incompatibles con el sentimiento de unidad latinoamericana.

Por eso, hay que promover el estudio de la historia regional, con una metodología global que integre el análisis regional a la formación social nacional y latinoamericana. Para ello, es necesario redimensionar el concepto de región, dándole un contenido más histórico-latinoamericano, sin restringirlo a los límites geográficos. Así se podrán comprender mejor las especificidades de cada país.

La unidad latinoamericana se expresa a veces en los fenómenos de regionalización de los conflictos sociales. Esta tendencia se inició con la rebelión de Tupác Amaru, que abarcó la región andina, desde Ecuador hasta el norte argentino, es decir el antiguo imperio incaico. Otra expresión de la regionalización de los procesos sociales fue la expansión del levantamiento anticolonial haitiano a la zona del Caribe, especialmente a las costas venezolanas, donde se alzó José Leonardo Chirino, junto a los esclavos y los indígenas en 1795. Ni que decir de la regionalización de las guerras de independencia en la zona andina (campañas de Simón Bolívar por el Norte y de San Martín por el sur). En la década de 1830-40 Francisco Morazán estuvo a punto de concretar una Centroamérica unida.

La primera regionalización de la revolución en el siglo XX se produjo entre 1925 y 1933 en la zona centroamericana y caribeña, impulsada por Julio Antonio Mella en Cuba y por Augusto Cesar Sandino en Nicaragua; en 1928 se registraba el levantamiento de los trabajadores colombianos de las bananeras, que Raúl Mahecha trató de coordinar con la huelga de los petroleros, precisamente el mismo año en que se registra el gran movimiento de protesta contra la dictadura de Juan Vicente Gómez en Venezuela. Frustrados transitoriamente estos procesos, la tendencia a la regionalización de los conflictos no se detuvo; en 1932 la revolución salvadoreña, dirigida por Farabundo Martí, y en 1933 el movimiento nacional antiimperialista,

liderado en Cuba por Antonio Guiteras. No por azar se formó entonces la Liga Antiimperialista de las Américas, presidida por el pintor mexicano Diego Rivera y el venezolano Salvador de la Plaza, redactores del periódico *El libertador*.

Esta tendencia a la regionalización resurgió con nuevas fuerzas a principios de la década de 1970, al producirse en el Cono Sur una serie de procesos concomitantes: triunfo de Salvador Allende, Asamblea Popular y gobierno nacionalista de Torres en Bolivia, el “cordobazo” argentino y las huelgas generales del Uruguay. Para detener este avance también se regionalizó la contrarrevolución: golpes militares en Bolivia (1971), en Uruguay (julio de 1973), en Chile (septiembre 1973) y, finalmente, en Argentina (marzo 1976).

Si alguna duda existía acerca de esta tendencia histórica, quedó despejada con el triunfo de la revolución nicaragüense, que desde 1979 abrió un rápido proceso de regionalización de los conflictos en todos los países centroamericanos, especialmente en Guatemala y El Salvador.

La división de la sociedad en las clases sociales y etnias oprimidas cuestiona el pleno desarrollo de la identidad latinoamericana. Un trabajador no se identifica con su patrón por más que pertenezcan a la misma nación. El motor de la historia sigue siendo la lucha de clases y no controvertida “unidad nacional”. En nombre de ésta se ha sacrificado los intereses de las clases explotadas y de sectores oprimidos de la sociedad, como los indígenas y las mujeres. Apelando a la “argentinidad” o la “chilenidad”, los militares han justificado los genocidios más masivos de nuestra historia.

Por eso creemos conveniente distinguir entre unidad nacional e identidad. Mientras la consigna de “unidad nacional” es ideologizante, el concepto de identidad nacional es una categoría objetiva, ya que nadie podría negar el sentido de pertenencia que los habitantes experimentan por su país. Y si este país es oprimido, como es el caso de todos los países latinoamericanos, la identidad juega un papel dinámico en la lucha por la liberación respecto de las metrópolis imperialistas opresoras.

Por consiguiente, no sólo hay una identidad de clase y de etnia oprimida sino también una identidad de país oprimido y, por extensión, de subconsciente subyugado. En América latina se da, entonces, una identidad de clase y de etnia, y una identidad de subconsciente oprimido, que acelera la toma de conciencia tanto nacional-antiimperialista como anticapitalista. La conciencia colectiva de identidad rebasa, pues, el marco de las psicologías y ontologías del llamado “ser nacional”, pues lo que une a los pueblos latinoamericanos es su situación de opresión social y política.¹

No se trata –dice Leopoldo Zea– de “un renacimiento sino de un nacimiento de una identidad que se ha sido engendrada en la relación conquistador, colonizador-colonizado”.²

Una teoría de la historia para América latina debe dar cuenta de las principales fases de esta lucha por la unidad latinoamericana. Iniciada con los precursores de la independencia, como Eugenio Espejo, Picornall, Gual, España, y, fundamentalmente, Francisco de Miranda, fue continuada en el fragor del combate anticolonial por Simón Bolívar, José de San Martín, José Artigas, Mariano Moreno, Bernardo Monteagudo, José Miguel Carrera, Bernardo O’Higgins, Cecilio del Valle, Simón Rodríguez, Francisco Morazán y otros. A mediados del siglo XIX, hubo un resurgimiento del ideal bolivariano, expresado en el Congreso latinoamericano de 1847, en los pensamientos de Francisco Bilbao, Eloy Alfaro, Felipe Varela y Juan Bautista Alberdi, en la Unión Americana de 1862 y el Congreso Americano de 1864.

Más tarde, emerge el pensamiento nacional-antiimperialista con José Martí, Eugenio María Hostos, Ramón Betances, José Enrique Rodó, José María Vargas Vila, Manuel Ugarte, José Ingenieros, Rufino Blanco Fombona y los líderes de la Reforma Universitaria de 1918-22 y la Unión latinoamericana de 1925, quienes comprendieron que la dependencia de nuestros países no sólo era económica sino también se expresaba en fenómenos de semicolonización política, implementados por Estados Unidos a través de las Conferencias panamericanas.

Al mismo tiempo surgían los precursores del marxismo latinoamericano: Luis Emilio Recabarren, Salvador de la Plaza, José Carlos Mariátegui y Julio Antonio Mella, quienes plantearon que la unidad latinoamericana sólo podría alcanzarse mediante la liberación tanto nacional como social, proyecto político que décadas después cobrara nuevo impulso con la praxis del Che Guevara y el triunfo de las revoluciones cubana y nicaragüense.

Esta lucha por la identidad latinoamericana se va configurando no sólo en los enfrentamientos políticos sino también en la creatividad de los trabajadores de la cultura, a través de sus pinturas y cantos a la vida y la solidaridad, como asimismo de quienes tienen la responsabilidad de decir la verdad histórica, desmistificando todo aquello destinado a mediatizar la conciencia colectiva de identidad y unidad latinoamericana.

NOTAS

¹ ARTURO ANDRÉS ROIG: *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*, FCE, México, 1981, p. 280 y siguientes. Además MARIO AGOGLIA: "Cultura nacional y filosofía de la historia de América latina", en revista *Cochasquí*, Quito, nº 3, p. 5.

² LEOPOLDO ZEA: "Nuestra América y una formulación del humanismo", en revista *Cochasquí*, Quito, nº 3, p. 5.